

LA MÍSTICA DE LA VIDA RELIGIOSA EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE NOS HACE PEREGRINOS DE ESPERANZA

Víctor Martínez, SJ¹

Resumen

Sólo una mística de los pies descalzos, insertos que caminan y danzan con nuestro pueblo latinoamericano y caribeño hace de nuestra Vida Religiosa, hombres y mujeres de esperanza. Corazones capaces de conocer su barro para transparentarlo, de reconocer su vulnerabilidad para desde ella entregarse al cuidado de la vida. Peregrinos en el seguimiento de Jesucristo haciendo que el Reino vaya sucediendo en el trasegar de nuestra historia. Corazones que se atreven a soñar que la promoción de la justicia se hace verdad en ir encarnando el Evangelio, Palabra de vida que todo lo transforma.

Palabras clave: peregrinos de esperanza, vida interior, seguimiento de Jesús, Palabra de Dios, conversión, vulnerabilidad, Reino, solidaridad.

"La vida cristiana y la misión apostólica necesitan de la espera, madurada en la oración y en la fidelidad cotidiana, para liberarnos del mito de la eficiencia, de la obsesión por la productividad y, sobre todo, de la pretensión de encerrar a Dios en nuestras categorías, porque Él viene siempre de manera imprevisible, en tiempos que no son los nuestros y de formas que no son las que esperamos".²

Sin una vida espiritual que nos haga en verdad místicos no podemos ser peregrinos de esperanza. Hemos de dar una mirada a nuestra vida interior, a nuestra relación con Dios; hemos de pulsar nuestro modo de cómo nos estamos relacionando con el Señor. Pues es la acción del Espíritu de Dios en nosotras/os la que nos mantiene atentos y perseverantes en nuestro caminar esperanzado; es de la relación con nuestro Dios, de la acción de

¹ Jesuita colombiano, actualmente profesor Titular y Decano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana. Desarrolla labores de docencia en Teología Sacramental y Teología de la Vida Religiosa. Miembro de la comisión de Teólogos de la Conferencia de Religiosos de Colombia-CRC. Superior de la Comunidad de Profesores de María Inmaculada en Bogotá-Colombia.

² Papa Francisco. Homilía en la XVIII Jornada de la Vida Consagrada, 2 de febrero de 2024. En la Fiesta de la Presentación del Señor.

su Espíritu en nosotras/os, de donde brota el ser peregrinos de esperanza en atención constante, que permanece en el tiempo, que persevera ante los embates y obstáculos que se nos presentan.

No podemos negar que algunas de nosotras/os, religiosas y religiosos, nos hemos adormecido en nuestra vida espiritual, el corazón duerme el sueño de la resignación, la decepción o el escepticismo. No podemos dejarnos llevar por una vida que, alejada de la relación con el Señor y entregada a los criterios mundanos, descuide su vida en el Espíritu, y siendo infiel, ceda y se adapte al estilo del mundo.

Ser peregrinos de esperanza requiere de una vida espiritual que se cultiva y ejercita, de una vida interior que se practica, de una vida en el Espíritu que se hace familiar en el hábito cotidiano de un amor que permanece despierto y vigilante con el paso del tiempo. Es la mística propia de los pies descalzos.

La capacidad de vivir la espera surge de un corazón que está palpitando al ritmo de Dios. Eso significa, que no podemos dejarnos llevar por el cansancio o la apatía, la costumbre y la rutina, la amargura o el resentimiento, ningún conflicto o herida ha de apartarnos del asombro de lo que significa encontrarnos con Dios. Hemos de recuperar un ritmo de disciplina y perseverancia en el cultivo de nuestra vida interior, recuperar con espíritu humilde el gozo propio de la oración, la adoración, la celebración del Señor.

La capacidad de vivir la espera surge de un corazón místico y valiente que acoge la novedad de Dios que siempre nos sorprende. Ante la respuesta actual e inmediata, ante el activismo ansioso del consumo en la búsqueda de placer y diversión, de exaltación del aquí y ahora, del aquí y todo. Hemos de abrazar desde el silencio la mística de nuestra consagración a la cual hemos sido llamadas/os. Cuando acogemos al Señor, él logra transformar nuestra vejez en juventud, lo antiguo en nuevo, el pasado en apertura a un futuro esperanzador. Dejémonos llevar por Él permaneciendo despiertas/os, perseverantes, vigilantes en nuestra consagración.

Peregrinas/os en el seguimiento de Jesús, el Cristo

Jesucristo nos invita a seguirlo, ser discípulas/os misioneras/os de Jesucristo es por parte nuestra la respuesta a su llamado. Su llamada es un camino hacia la libertad, Él nos libera para seguirle. Encaminarnos juntas/os hacia el seguimiento del Señor es dejarnos llevar por su Espíritu, hoy como ayer nuestro Dios es fuerza de amor, llamada vigorosa que nos educa y forma.

Como Vida Consagrada, nuestro ser discípulas/os misioneras/os de Jesucristo se vive desde nuestros carismas. ¿Qué no nos está permitiendo caminar en el seguimiento de Jesucristo? Hemos de identificar nuestras ataduras y esclavitudes que impiden y entorpecen nuestra respuesta, hemos de darnos cuenta qué está siendo motivo de desesperanza y desolación. ¿Qué no nos deja avanzar y crecer en el seguimiento del Señor, en el aquí y ahora de nuestra consagración?

El encuentro con Jesucristo ha significado en nosotras/os una verdadera conversión, el paso de la muerte a la vida, un romper con nuestro hombre viejo para renacer al hombre nuevo. ¿Qué está sucediendo en nosotras/os? Dar una mirada a nuestro corazón nos llevará a constatar en muchos de nosotras/os un sentir, que evidencia falta de sueños e ilusiones, ¿Qué está sucediendo con nuestra esperanza?

Es así como el camino de seguimiento del Señor nos exige una continua conversión, camino constante de trabajar por la libertad que nos hace hijas e hijos de Dios. Él nos hace capaces de tomar conciencia de nuestra vocación, de encontrar caminos y derroteros, criterios y valores nuevos para emprender con renovado vigor nuestro camino de seguimiento.

Por ello, hemos de detenernos en probar su Palabra, la Palabra de Dios que alimenta nuestra oración, el acoger y acercarnos a su Palabra nos revitaliza y transforma. Nuestra actitud contemplativa hará de nosotras consagradas y consagrados, mujeres y hombres que nos movilizemos en búsqueda de lo nuevo, proporcionará nuevas energías que nos llevarán a salir de nosotras/os en apertura de entrega y vaciamiento. Una vida de oración hará que el corazón se despierte para recuperar nuestra identidad y obrar en consecuencia.

He ahí el valor y sentido del seguimiento radical de Jesucristo, de Dios a nosotras/os puro don, gracia inmerecida, misterio de amor; de parte nuestra, es tarea, sudor, labor constante y perseverante, respuesta libre en elegir esta forma de vida. Ha de ser mística la familiaridad y amistad con Dios que nos hace crecer y madurar en el amor al Señor. Nuestro seguimiento se realiza desde la alegría que nos viene de Jesucristo, Él es nuestra esperanza. La alegría del rostro es el gozo de su presencia en nosotras/os, amor que nos libera, haciéndonos nuevas creaturas y haciendo nuevas todas las cosas.

Peregrinas/os de la Palabra de Dios

Estamos llamadas/os a ser personas que tengamos una familiaridad de acogida, cercanía e intimidad con la Palabra. La Palabra de Dios tiene

su propio dinamismo, su propia fuerza y acción. Ella desarrolla en nosotras/os una fuerza mística que nos lleva hacia Dios y nos hace ir hacia los demás. Este doble movimiento de la acción del Espíritu: atracción hacia Dios y envío a las/os otros le hemos de constatar si somos mujeres y hombres donde la Palabra de Dios ocupa una centralidad comportamental en nuestro diario vivir.

El contacto con la Palabra de Dios, gracias a la acción del Espíritu, nos lleva a tener un corazón abierto, capaz de afrontar, valientemente, los cambios que hemos de hacer en el camino; nos hace abrir nuevos horizontes y escenarios, crear y construir hábitos distintos y poder vislumbrar insospechados horizontes. Nunca el contacto con la Palabra nos deja lo mismo, no nos deja encerrarnos en nosotras/os mismas/os, sino que abre el corazón para abrazar lo imprevisto y sorprendente.

Es así como la Palabra de Dios se hace vida y misión. Desde lo que somos y hacemos, la Palabra de Dios nos hace mensajeros de Dios, religiosas y religiosos capaces de ser testigos de Dios ante un mundo ciego y sordo a su Palabra, y a su vez hundido en el maremágnum de palabras que nos oprimen. Estamos ante un mundo necesitado de la Palabra; sediento de la Palabra verdadera, buena y bella.

Con libertad y sencillez, hemos de crecer en tener una mayor cercanía con la Palabra de Dios. ¿Qué puesto ocupa ella en nuestra vida?, en la cotidianidad, ¿ocupa el lugar que se merece? No podemos prescindir de la Palabra, ella nos atrae desde su dulzura propia que conmueve; desde su firmeza que afianza y tonifica el espíritu; desde su delicadeza que seduce el corazón y renueva desde la interioridad nuestra respuesta en el seguimiento de Jesús, que nos hace sus discípulas/os misioneras/os para abrazar la Misión de su Padre, la Misión de Dios a la que se nos ha llamado.

La acción mística de la Palabra se hace oración personal y comunitaria, liturgia sacramental en la mesa eucarística, en el acto reconciliador que nos abraza y renueva en nosotras/os la fraternidad y la sororidad. Acción mística de la Palabra en la unión constante con Dios en la vida cotidiana, en la actitud contemplativa de poder hallar a Dios en el trasegar de nuestra historia.

Dejémonos transformar por la Palabra de Dios, como lo ha hecho a lo largo de la historia con tantos testigos del Evangelio. El estar a la escucha de la Palabra nos llevará a intimar con ella, permitiendo en nosotras/os el dejarnos llevar por la acción del Espíritu, quien nos cambia y convierte; hagamos de la Palabra de Dios lectura orante, diálogo de encuentro

con nuestro Dios que nos llevará siempre a salir en búsqueda de los demás y a realizar, poniendo en práctica y haciendo vida lo que la Palabra nos comunica.

Peregrinas/os siempre en disposición de Conversión

El arte de saber escuchar, saber discernir y ponernos en camino provienen de un Dios amor que mueve nuestros corazones al asombro, a la apertura propia de lo inesperado y a hacer posible lo imposible. He ahí la mística que nos transforma.

Este proceso de no ser sordos, de no solo oír sino escuchar; de saber discernir, queriendo hacer no nuestra voluntad sino la voluntad de Dios; de ponernos siempre en camino, rompiendo toda parálisis e inmovilidad, se logra alcanzar a partir de un corazón abierto a la conversión, capaz de dejarse renovar por el Espíritu. Permitir que el Espíritu actúe en nuestro interior nos cambia y nos transforma.

Cuando se escucha con el corazón, se hace eco a su voz que, en el interior, nos hace capaces de comprender los deseos, los sentimientos y las necesidades de las otras/os, abrir el corazón a la voz de Dios, prestar oído a lo que quiere comunicarnos, entrar en relación con Él acogiéndolo. Saber escuchar nos involucra, nos implica, nos compromete en su proyecto. Saber escuchar nos exige silencio; silencio para acoger, reflexionar e interpretar, el silencio propio de un espíritu contemplativo. Un corazón que se convierte es aquel que toma conciencia de que debemos relacionarnos despojados de formalismos, escucharnos sin prejuicios, sin juzgar. Buscando comprender la vida que se expone, entender bien al otro y acogerlo desde dentro.

Un corazón que está en constante actitud de conversión es un corazón capaz de abrirse a la práctica del discernimiento. Las tentaciones propias de nuestra autoreferencialidad y autosuficiencia como creer que somos las/os mejores y que “nos la sabemos todas”, que basta aplicar las reglas y seguir el conducto regular, el proceder con los mismos esquemas de siempre, se vencen si optamos por el discernimiento y nos disponemos a la escucha de la voluntad de Dios, nos cuestionamos e interrogamos sobre nuestro modo de ser y de actuar, y aprendemos a ahondar en nuestras mociones interiores, a saber evaluar las decisiones que se han de tomar y las elecciones que se han de hacer.

Solo a partir de una verdadera conversión al interior de nuestras comunidades lograremos hacer vida el discernimiento en común. En nuestras comunidades hemos de poner más en práctica la conversación

espiritual, ser más dóciles a la acción del Espíritu, ser capaces de optar siempre según el Evangelio.

Ponernos en camino hacia el encuentro con el Señor es la actitud propia del seguimiento. La conversión nos saca de nosotras/os mismas/os, nos lleva a hacer frente a miedos y temores que han creado cercas, muros y laberintos que nos ahogan en el ocio o el fijismo ideológico y nos divide. Caminar significa salir de nosotras/os mismos, ponernos en éxodo, salir de nosotras/os al llamado que se nos hace. Caminar implica movimiento, nos libera y transforma hacia nuevos recorridos, nuevas rutas, nuevos descubrimientos por hacer. Hemos de permanecer en camino, siempre en búsqueda, tras el deseo de profundizar en la verdad, la bondad y la belleza. La conversión nos hace estar siempre en camino, siempre avanzando en búsqueda de nuevos senderos, siempre queriendo transitar por lo inexplorado.

Solo quienes aman son capaces de escuchar, discernir y caminar. No dejemos de cultivar la escucha del corazón, practicar el arte de discernir, permaneciendo siempre en camino con humildad y valentía. Dios nos conceda la gracia de la conversión, la actitud de cambio que afecte nuestro comportamiento con el ánimo de dejarnos transformar por el Espíritu.

Peregrinas/os desde la fragilidad y vulnerabilidad de nuestro pueblo

Toda vida es frágil y vulnerable, susceptible de ser herida. Propio de nuestra condición humana es ser frágiles. Ahora bien, allí donde lo frágil se da, se manifiesta la fortaleza. La fuerza de la fragilidad se despliega en auténtica fuerza que libera. Allí donde se da la muerte, se revela la resurrección, donde se da la cruz se revela la salvación, he ahí la paradoja de la fragilidad que la mística abraza y nos hace llegar a ella desde la fascinación de la fragilidad camino de esperanza, porque no solo es condición sino a la vez cauce y derrotero, camino de salvación.

Nuestra frágil condición humana nos hace reconocernos vulnerables. Toda herida nos hace tomar conciencia de la herida de la humanidad, de la herida de nuestro mundo. En nuestro proceso vital, al avanzar vamos acumulando heridas en la medida en que vivimos y amamos. Nuestro pueblo latinoamericano y caribeño es un pueblo herido. Ciertamente, creyente y a su vez empobrecido, oprimido y explotado. Un pueblo que lleva en su carne cicatrices, llagas que aún sangran, vidas que nacen en medio de esta realidad desbastada por la deshumanización que nos domina.

Esta América Latina y Caribeña está herida por grietas que nos dividen; muros y vallas que quieren ubicarnos en espacios distintos cuando sabemos que toda condición humana es igual en su fragilidad. Realidades de violencias, injusticias, vejámenes. Un grito ahogado de tantas víctimas en la resignación de unos, la indolencia de otros y la indiferencia de las mayorías.

Nuestra Vida Religiosa al ser mística ha de abrazar con su mirada de la fragilidad desde la mano de Dios que todo lo sostiene. Al contemplar el mundo herido lo ha de abrazar discerniendo en él las huellas de Dios, un Dios vulnerable en la persona de Jesucristo, auténtica y paradójica fortaleza desde la encarnación a la glorificación, he ahí el camino de la salvación. He ahí la fascinación del misterio, la vulnerabilidad expuesta, la herida sanadora: Jesús el Cristo.

Al ser seguidoras/es de Jesucristo, discípulas/os misioneras/os desde los carismas que nos hacen Vida Consagrada al servicio de nuestro pueblo, es Él quien nos llama y envía a vivir el riesgo de la vulnerabilidad, dejándonos lavar los pies por Él, para así lavar los pies heridos de nuestro pueblo. Solo así tendremos parte con Él. Parafraseando al jesuita estadounidense Michael Buckley³ a los jesuitas que se preparan para el sacerdocio, siempre les pregunto lo mismo: “¿Eres lo suficientemente vulnerable para ser sacerdote?” Debemos preguntarnos: ¿Soy suficientemente vulnerable para ser religiosa, para ser religioso? Parece entonces, que la vulnerabilidad es camino para la santidad.

Resuena en nosotras/os las palabras del papa Francisco: «Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades» (*Evangelii Gaudium* 49). He ahí la mística de los pies que marchan por caminos de inserción.

Peregrinas/os en el camino del Reino

El Reino de los cielos está sucediendo entre nosotras/os. Se trata de la acción del Resucitado en el arco iris multicolor de vida de nuestros carismas que irradian santidad, alegría desde el silencio y la acción escondida de nuestra consagración como Vida Religiosa.

Hoy como ayer, ese “aquí estoy Señor para hacer tu voluntad” de nosotras/os como Vida Consagrada adquiere las características del Reino. Se va haciendo desde lo escondido de la cotidianidad, desde la búsqueda

³ Michael J. Buckley, “Because Beset by Weakness...”, in R. Terwilliger, U. Holmes (eds.), *To Be a Priest*, Seabury Press, New York 1975, 125-130.

de la santidad, que se hace en lo ordinario del diario vivir, allí en la labor callada y constante. Sin ruido, sin alharacas, sin mayor pretensión que la de aportar desde nuestras vocaciones y carismas a la construcción del Reino.

Se trata de dar luz e iluminar desde nuestra realidad, en medio del camino; ser luz en estos tiempos de fragilidad y abulia que vivimos, cansancios y escepticismos de nosotras/os muchas veces y de otras/os; nos han tocado vivir tiempos de turbulencia, de ideologías que se aplican, de posturas intolerantes que se imponen. Hemos de responder desde nuestra identidad, a partir de una vida auténtica y coherente. Una luz que se va irradiando y llevando de la penumbra al candelero.

El Reino se va realizando en el presente. Somos Vida Consagrada para el hoy de nuestra historia, hemos de dar respuestas actuales a los cuestionamientos e interrogantes del presente. La añoranza del pasado puesta en el recuerdo de los éxitos y las glorias alcanzados, en lo numerosos que fuimos, en los logros y las metas obtenidos, en lo que se hacía y se tenía, lleva a la tentación de querer volver atrás, querer vivir en otro tiempo. Abrazar el presente nos hará fieles en agradecer el pasado vivido y proyectarnos desde la acción del Espíritu al futuro que se nos ofrece.

El Reino adviene como anuncio de bienaventuranza para las/os pobres, las/os débiles, las/os más vulnerables de nuestro tiempo. Así, la Vida Consagrada, en sus diversos carismas, recibidos del Espíritu, es un don para la Iglesia y la humanidad en querer responder al servicio de la fe y la promoción de la justicia, agachándose por las víctimas y los crucificados de hoy. Somos anuncio de buena nueva, de sanación, curación y liberación allí donde el dolor, el sufrimiento, la esclavitud se han ensañado. La Vida Consagrada se hace ternura y misericordia allí donde la falta de amor, la herida y la fractura han causado angustia, congoja y desconsuelo.

El Reino se realiza desde la alegría propia que viene del Espíritu. Esa alegría que nadie nos puede arrebatar. Se trata del gozo propio de quien refleja en su semblante la acción del Espíritu Santo en su interior. Alegría que alimenta y mantiene sus pensamientos, deseos, sentimientos y mociones; alegría que se traduce en obras y acciones. Alegría que proviene del interior para transparentarse en signos y manifestaciones de amor. He ahí la mística de los pies que danzan.

Peregrinas/os desde un corazón agradecido, solidario y esperanzado

Cultivar nuestra vida interior nos lleva a ser conscientes de tantos dones recibidos de manera inmerecida por nuestro Dios. Así, dar gratis lo que gratis hemos recibido surge de un corazón agraciado por la acción del Espíritu. Es a partir de esa acción del amor misericordioso de Dios al interior de nosotras/os, la que nos lleva a salir de nosotras/os mismos con el ánimo de socorrer y ayudar, expresión propia de una solidaridad hecha servicio. Es la manera de actuar del Espíritu, la que aviva en nosotras/os la esperanza, no solo de trabajar por el mañana al que el *cronos* nos reta, sino por el mañana sin ocaso al que el Reino nos llama.

El primer don, el de la *acción de gracias*. Acción de gracias a Dios por tantos bienes recibidos de manera gratuita y generosa de manos del Señor, el milagro de la vida y el amor, que teje hogar, familia y comunidad, que nos hace invertir nuestras vidas a favor del cuidado propio y de otras/os. El don del trabajo que nos dignifica y hace que nuestro hacer responda a una misión común en favor de los derechos y la dignidad de la persona.

El segundo, el de la *solidaridad*. Solidaridad con nuestro mundo, un mundo en guerra, destrozado por las fuerzas de las armas, la violencia, la droga, el consumo. Modelos ideológicos y utilitaristas que imponen la polarización y división que ha acrecentado la desconfianza y la pérdida de conciencia del bien común. Celebramos porque creemos que un mundo para todos es posible, creemos en una cultura de la vida al cuidado de la creación y de la paz.

El tercer don, es el de un *mañana mejor*. Un futuro que está en nuestras manos realizar. Al escuchar el clamor de las/os pobres y las víctimas, la ilusión de las/os jóvenes y el sueño de las niñas/os, tenemos la responsabilidad de comprometernos a favor de la esperanza. Hemos de sabernos fortalecidos en la vocación que se nos ha dado para seguir de manera humilde, decidida y valiente construyendo el mañana. Afirmaba el papa Francisco: "... ahora más que nunca, el futuro de todos depende del hoy que escojamos. Dejémonos llevar por el Espíritu: transformemos el dolor en alabanza y el cansancio en compromiso"⁴.

La vida-misión a la que somos llamadas/os en nuestra Vida Consagrada pone al centro a Jesucristo y su misión de reconciliar todas las cosas

⁴ Papa Francisco. Discurso a la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (COP 28), 2 de diciembre de 2023.

en Él. Desde allí encuentra sentido lo que somos y lo que hacemos. La Eucaristía se convierte así en sacramento y fuente de alimentación de la vida-misión que hemos elegido al pertenecer a nuestras comunidades de Vida Consagrada y que se hace bendición desde nuestros propios carismas a través del seguimiento de Jesús, según los dones que cada uno de nosotras/os hemos recibido. He ahí la mística de los pies sagrados.

Somos enviadas y enviados a ser *bendición de gratuidad y gracia* para las/os demás, *bendición de solidaridad, apoyo y respaldo* para quienes más nos necesitan, *bendición de esperanza* en velar por un futuro mejor, en encender un fuego que hace realidad el mañana.